

# "MUJERES EN LA REVOLUCION DE JOSE MARTI"

—AMERICA PALENQUE SOSA—

Nacida en San Cristóbal de la Habana el día primero de noviembre de 1878, año en que se firmó el Pacto del Zanjón, esta hermosa mambisa, de padre español, Clemente Palenque, juez de paz de Cartagena y más tarde vista de aduana en la capital, y de madre cubana, María de la Cruz Sosa, sintió, desde los albores de la adolescencia, el ideal de la independencia de su patria.

Huérfana de padre desde los ocho años y viviendo en Cruces, se adhirió al movimiento revolucionario Lajas-Cruces encabezado por Federico Zayas Piloto y secundado por Higinio Esquerro, el glorioso general cubano. Compraba el periódico "Patria", editado por Martí en los Estados Unidos y vendido clandestinamente en la Isla, con muchos sacrificios, pues costaba una peseta que entonces era difícil de conseguir, pero que la buena madre la daba con gusto.

Al estallar el movimiento de 1895 vivía en Cartagena, donde contrajo matrimonio con Andrés Soto Pulgarón, joven insurrecto que se lanzó a la manigua redentora al mes de haberse casado.

Habiendo muerto la madre poco después de su matrimonio, sin padre y con el único hermano vivo, el adolescente Alfredo Palenque, en la revolución, América partió para Placetas donde vivió en casa de los matrimonios formados por las primas del esposo Carmen Velázquez Pulgarón casada con Manuel Leiva, entonces administrador de la





colonia Manquita y de Elodia Velázquez Pulgarón, casada con Eugenio Santamarina, español y maestro municipal.

Andrés Soto se fue a la guerra y sirvió un año en la zona de Sancti Spiritus, Cienfuegos y Colón; América, recién casada, quedó sola durante ese terrible año, sin noticias del ausente y viviendo con los familiares del esposo.

Un hijo tenía ya cuando Andrés retornó a la zona de Placetas, y habiendo recibido recado de su esposo para que saliera al campo, así lo hizo con el amigo Chengo Luzardo, quedándose allí a sufrir las penalidades de la lucha redentora mientras repasaba las ropas que se rompía, hacía cocimientos para los enfermos, servía comida a los que llegaban hambrientos, daba vendajes para los heridos, etc.

Al decretar Weyler la Reconcentración, y desencadenarse la sangrienta persecución de los insurrectos por miles de soldados y guerrilleros que arrasaban cuanto encontraban a su paso, dejando una estela de muertos, heridos, incendios de casas, destrucción de sembrados, ausencia total de animales, pues unos eran sacrificados y los demás recogidos, América tuvo que huir también.

Sorprendida al pasar con otra familia de un monte a otro por nutrido tiroteo, sintió que le arrebataban al hijo que llevaba en sus brazos. Logró salvar la vida, pero sólo cuando vinieron a recogerla al lugar donde había hallado momentáneo refugio y vio a su pequeño en manos del insurrecto amigo que lo había protegido, volvió a sentir que vivía.

En verdadero estado lastimoso volvió a Placetas y al seno de la familia del esposo la airosa jovencita que un año antes había salido a luchar por la patria, brazo con brazo, junto al esposo.

Al terminar la guerra, América recibió, por su labor constante de ayuda a los revolucionarios, la felicitación calurosa del general Monteagudo y del coronel García, con los que el esposo, con el grado de teniente, había operado.

Establecido el Gobierno Interventor, América tuvo la oportunidad de ser maestra al crearse tres mil aulas y serle ofrecida una por el alcalde de Placetas, teniente coronel Rafael Pérez Morales, pero ella prefirió ser sólo y nada menos que la creadora de un verdadero honor cubano.

Radicado el matrimonio en Placetas, primero y luego en Cienfuegos, ésta inteligente cubana supo, junto a su esposo modelo, crear una numerosa familia. Su entusiasmo, alegría y comprensión sirvieron de apoyo y orientación fecunda a sus siete hijos; cinco hembras y dos varones.

Esta cubana, valiente y decidida en la guerra y madre ejemplar en la paz, ha recibido del Consejo Nacional de los Libertadores la Medalla del Mérito Mambi y los Veteranos de Placetas recordarán siempre su labor constante de ayuda en los días aciagos de la revolución.